

Transitar

Marisa Barco



Capítulo 1

Transitar

Como cada mañana, a las seis en punto, Pablo saca con muy pocas ganas su mano de debajo de las cobijas para silenciar la alarma que irrumpe desde el celular. A pesar de su irremediable fiaca, ese sonido, joya musical que él admira por algún motivo, lo estimula a arrancar con su rutina. Se alarga todo lo que la madrugada le permite para alcanzar el condenado aparato y al deslizarse, la sábana deja al descubierto el tatuaje que lleva alrededor del brazo, un poco por debajo del hombro derecho: una trompeta que homenajea a su padre, un teclado y una partitura de Queen: "...los cuentos de hadas no mueren, por eso puedo volar my friends... el show debe continuar".

La música es su vida.

Saca una pierna, después la otra y afloja con una suave presión el cuello que extraña la cola de caballo que acostumbraba llevar de más joven. Se pone de pie muy despacio y como tanteando a ciegas, emprende hacia la cocina estirando de a poco todos sus músculos. Enciende la cafetera y mientras espera, tararea una melodía que nunca es la misma.

La música es su vida.

Después de pasar por el baño, no sin antes detenerse frente al espejo para dedicarle una de sus locas ocurrencias, se sirve un café al que agrega dos religiosas cucharadas de azúcar y rebaja con un poco de crema, y con la tasa en la mano izquierda se acerca al piano a probar, con la derecha, alguna combinación de notas con las que jugueteó en sueños.

La música es su vida.

Mochila al hombro, sale a la calle con un humor de media mañana. Ese buen humor que tanta envidia causa y que seguramente proviene de unas cuantas claves y fusas atesoradas en su corazón. Es feliz. Lleva música en sus venas, aunque a veces sienta que ya es un poco tarde para ofrecer todo su torrente. La música nunca te abandona suele decir y sin saberlo está a punto de comprobarlo.

Capítulo 2

No usa auriculares, excepto cuando su trabajo lo exige; nunca por placer. No. Sus oídos le aseguran que los sonidos lo llenen plenamente y por eso son tesoro de guardar, mucho más ahora que los años comienzan a roer.

Cruzó la calle sin rumbo, dispuesto a tener un día para él. Más tarde se daría una vuelta por algún antro de viejos soñadores, amantes de la música como él pero ahora, llevaba la ropa adecuada para "echarse una corrida" - le gusta recordar cómo los españoles se escandalizan con esa expresión -. Después de unas horas de alternar trote y caminata respirando vida, llegó casi abducido a una vieja tienda de canje. La nostalgia y la bohemia se fundían en un abrazo con él y su amigo, con quien compartía largos pentagramas de charla.

Ese día toda su familia había tenido compromisos: su mujer, sus hijos, sus tres nietos. Era un día sólo para él y lo dedicaría a su primer amor. Muchas veces sentía que no lo comprendían y por eso, refugiarse en esos ambientes lo hacía sentirse vivo.

Las notas se extendieron hasta la tardecita casi sin darse cuenta, zapando, jugando entre vientos y cuerdas; nunca tocas algo completo, le digo y él se ríe y no lo dice, pero los dos sabemos que yo ni papa de corcheas.

Recordó que su hijo le había pedido que a las dieciocho pasara por los niños. Le dio una dirección y supuso que se trataría de un salón de esos en donde ahora se celebran los cumpleaños. La música es su vida pero sus nietos jamás estarían un peldaño inferior, así que puntualmente llegó a donde le indicaron. Se sorprendió. Recién caí en cuenta que su camino se dirigía a la escuelita de música popular. Avanzó temeroso, reprimiendo la emoción. Un platillo exaltó sus latidos lentos, una voz delicada caló sus venas y una mano pequeña y suave lo condujo a su platea de plástico.

Las musas que creía atrapadas en su ser habían migrado hacia nuevas primaveras y florecían en sus retoños.

Lo sentía. Sabía. Se había convertido de músico en mensajero. Mensajero de un transitar eterno y sin pausa.